

calidad y atractivo. Y así lo ha valorado la editorial Tecnos, que publica el texto en una cuidadísima edición en la que abundan las ilustraciones a color.

En el *Diccionario ilustrado de símbolos del nacionalismo vasco* tienen cabida 53 voces, que se pueden consultar por separado, como capítulos independientes, ya que cada uno de estos textos es autónomo. Al mismo tiempo, todas las entradas remiten a otras, dando pie a un fascinante ejercicio de lectura múltiple. Cada voz tiene sus propias referencias, a las que hay que sumar una extensa bibliografía final que resultará muy útil a cualquier persona interesada en el pasado y el presente del nacionalismo vasco.

En este heterogéneo (pero coherente) conjunto podemos encontrar escudos y banderas (los de Navarra o la *ikurriña*), lugares de memoria (Guerrika, Amaiur, Estella, Iparralde [el País Vasco francés], *Sabin-Etxea*, etc.), batallas (Arrigorriaga, Munguía o Roncesvalles), iconos (el roble o el *arrano beltza* [águila negra]), lemas como el aranista *Jaun-Goikoa eta Lagi-Zarra* (Dios y Ley Vieja o Fueros), fiestas y fechas conmemorativas (el *Aberri Eguna* [Día de la Patria Vasca], el *Alderdi Eguna* [Día del Partido], el *Gudari Eguna* [Día del Soldado Nacionalista Vasco], el 20 de noviembre o el 31 de julio), figuras históricas (el rey Sancho el Mayor de Navarra, San Ignacio de Loyola o el general Tomás de Zumalacárregui), políticos *abertzales* relevantes (Sabino Arana, Eli Gallastegui, José Antonio Aguirre, Manuel Irujo, Telesforo Monzón, etc.), dirigentes de ETA (Javier Etxebarrieta [*Txabí*] o José Miguel Beñaran [*Argala*]), canciones (*Agur Jaunak* o *Eusko Gudariak*), acontecimientos como el proceso de Burgos (1970) o incluso la (imaginada) némesis del movimiento nacionalista: España. También se presta atención a las mudanzas en la denominación del territorio vasco y a la pugna entre política y simbólica que todavía persiste entre distintos nombres: Vasconia, Provincias Vascongadas, País Vasco, Euskadi, Euskal Herria, etc.

Como asumen los propios autores, lo más discutible del *Diccionario* es la selección de las voces. Existe, como se ha dicho, una genérica (y muy sugestiva) entrada sobre España, pero, a mi juicio, y teniendo en cuenta su importancia para el imaginario *abertzale*, no hubiera estado de más un tra-

tamiento específico sobre quienes han encarnado la crucial figura del enemigo de la causa patriótica. Entre estos contrasímbolos o símbolos negativos, que se han demostrado bastante eficaces para la facción extremista del nacionalismo vasco, podrían citarse a los *maketos* (inmigrantes), Madrid, las víctimas de ETA, las instituciones democráticas, la Guardia Civil, los partidos no nacionalistas, la lengua castellana, etc. También se echa de menos cierta atención a los políticos (*abertzales* heterodoxos o *exabertzales*) que han sido percibidos como traidores, el más destacado de los cuales fue Mario Onaindía. Para terminar, tampoco hubiera estado de más dedicar un mínimo espacio a Eduardo Moreno Bergaretxe (*Pertur*), figura emblemática de ETA político-militar y *Euskadiko Ezkerra* hasta 1982.

Ahora bien, estos reproches son tan discutibles como la propia opción que los autores han tomado, la cual sin duda ha sido largamente meditada, discutida y consensuada. De haber tenido que contentar las preferencias de sus más quisquillosos lectores, no estaríamos ante un *Diccionario* propiamente dicho, sino ante una enciclopedia. Este formato permitiría abarcar un abanico de símbolos más amplio, pero también habría impedido un análisis minucioso de los mismos, por lo que el presente libro habría perdido en profundidad, que es uno de sus puntos fuertes. Convengamos, por tanto, en que aquí se recogen los principales elementos del imaginario *abertzale*, los imprescindibles para comprender su pasado y su presente. En consecuencia, a partir de ahora resultará difícil escribir la historia de este movimiento sin bucear previamente en las páginas del magnífico *Diccionario ilustrado de símbolos del nacionalismo vasco*.

Gaizka Fernández Soldevilla

EMILIO GRANDÍO SEOANE / JAVIER RODRÍGUEZ GONZÁLEZ (eds.)
War Zone. La Segunda Guerra Mundial en el noroeste de la Península Ibérica
Madrid, Eneida, 2012, 336 pp.
ISBN: 978-84-15458-04-3

War zone es la expresión utilizada en uno de los documentos del espionaje británico que se conservan en los Archivos Nacionales del Reino

Unido en Kew Gardens, al suroeste de Londres, para definir la realidad del Noroeste peninsular tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial. La desclasificación de esta documentación ha permitido a los coordinadores de este volumen, los profesores Emilio Grandío y Javier Rodríguez, construir una obra que va mucho más allá de los tópicos tradicionales acerca de la guerra no declarada en su solar entre británicos y alemanes por el acceso a los valiosos recursos que este amplio territorio ofrecía a los beligerantes o los combates entre ambas Armadas en las cercanías de la costa gallega.

Ambas potencias fueron en todo momento conscientes de su importancia en términos estratégicos, no sólo por su privilegiada situación geográfica para la guerra en el mar, sino también por las importantes reservas del preciado volframio —con justeza definido como el «oro negro» en el contexto bélico— que atesoraba. Y por eso británicos y germanos apostaron fuerte a la hora de crear una densa red de espías, colaboradores y confidentes que contribuyesen a inclinar del lado de sus respectivos gobiernos lo que también fue una compleja batalla diplomática de un alcance trascendental para la supervivencia del propio régimen franquista. Especialmente reveladoras en este sentido son las páginas que Javier Rodríguez dedica al espionaje nazi en todo el norte, en particular en la ciudad de Vigo y su consulado, verdadero tablero de ajedrez en el que los dos países situaron algunos de sus más experimentados peones.

Entre esas implicaciones de singular trascendencia destacan las vicisitudes experimentadas por lo que se dio en llamar la alternativa monárquica al régimen, estudiada por el propio E. Grandío. El lector podrá comprobar a lo largo de las páginas dedicadas a su análisis, la ambigua posición mantenida por el Reino Unido respecto a las posibilidades de una restauración encabezada por Don Juan y, al mismo tiempo, la habilidad del dictador para no romper los puentes y los canales de comunicación con la diplomacia británica y a la vez dar todas las facilidades posibles a la Gestapo y los servicios secretos nazis para moverse a su antojo por todo el territorio español. Bastaron las presiones británicas, unidas al malestar de los generales monárquicos y al cambio de signo en los acontecimientos

bélicos, para que el régimen comenzara un distanciamiento que hizo ya público en septiembre de 1943. Aunque el proceso no sería ni mucho menos lineal, lo cierto es que dos años más tarde, ante la falta de alternativas sólidas y el nuevo escenario internacional, el dictador se encontró con la puerta abierta para su perpetuación, una vez superados los que sin duda fueron los momentos más difíciles para su supervivencia.

Las dificultades para la reorganización política y sindical son analizadas por Eliseo Fernández en otro de los apartados de la obra. El autor llama la atención sobre algo que las diferentes monografías provinciales dedicadas al estudio de la represión han constatado a lo largo de los últimos años: el hecho de que buena parte del noroeste ibérico hubiera sufrido los primeros embates represivos desde el verano de 1936 explica que el final de guerra civil significase un descenso de la presión represiva que, en todo caso, relaciona con el incremento de la población carcelaria y no con una supuesta benevolencia del régimen. De cualquier modo, fueron los presidios el mejor lugar para que sindicatos y partidos de oposición fraguasen sus primeros intentos para reconstruir sus ilegalizadas estructuras. Pronto, sin embargo, la aplicación de sucesivos indultos a los presos condenados por los tribunales de guerra permitiría recuperar la libertad, aunque fuese vigilada, a cientos de antiguos militantes que habían logrado sobrevivir a las ejecuciones, los paseos y los años de cárcel. Ellos serían los que tomarían el relevo en dichos intentos de reorganización.

Como es lógico, existieron notables conexiones entre la actividad de estos partidos y sindicatos clandestinos con la resistencia armada antifranquista que se fue fraguando en las montañas limítrofes entre Galicia, Asturias, León y Zamora desde una etapa bien temprana. A esta última dedican tres de los apartados de la obra Alejandro Rodríguez Gutiérrez y Javier Rodríguez González. El primero de ellos se ocupa del estudio de la Federación de Guerrillas de León-Galicia, un aspecto sobre el que si bien ya existían notables contribuciones anteriores, el autor arroja nueva luz gracias a la sistemática exploración de los sumarios incoados por la jurisdicción de guerra que custodia el Archivo

Intermedio Militar Noroeste de Ferrol. Por estas páginas desfila toda la trayectoria de la Federación, desde su nacimiento en abril de 1942 en las montañas de Ferradillo (León) de la mano de apenas dos docenas de combatientes antifranquistas, hasta la escisión final, fraguada en enero de 1946 como resultado de los intentos del Partido Comunista de capitalizar y dirigir conforme a sus planteamientos la lucha guerrillera. Especialmente clarificador resulta el análisis de la estructura organizativa de la que se fueron dotando los guerrilleros, desde los primeros ensayos hasta la creación de la Federación de Guerrillas León-Galicia bajo un mando tripartito, que impuso un estricto código de unidad económica, política y disciplinaria, pasando por la fase intermedia que representó la articulación de unos estatutos y una «dirección ambulante» en diciembre de 1941.

Cierra la obra un capítulo que firman Eliseo Fernández, Diego Castro, Javier Revilla y el propio Alejandro Rodríguez acerca del oro negro. De todos es conocida la importancia de este mineral para la fabricación de aceros especiales gracias a su elevado punto de fusión, lo que multiplicaba su valor en el contexto bélico, así como el hecho de que en el Noroeste peninsular se concentraban buena parte de sus reservas mundiales. A nadie sorprenderá, por tanto, que en torno a su control se fraguasen también no pocas batallas e intrigas en las que se vieron mezcladas desde espías de uno y otro signo a avispados contrabandistas que buscaban hacer fortuna con su tráfico clandestino pasando por presos políticos de destacamentos penales que, como en la localidad ourensana de Casaio, se hacinaban en grandes poblados creados ex profeso para su explotación.

Un trabajo, en fin, altamente recomendable, que une a sus destacadas aportaciones historiográficas el valor añadido de una lectura fluida y ágil, que además viene a certificar aquella vieja máxima de que la realidad siempre supera a la ficción.

Julio Prada Rodríguez
Universidad de Vigo